

Lucas 15: 1-10

Misericordia infinita

Rubén Fonseca Estrada.

Al leer los Evangelios resulta relativamente fácil descubrir que Jesús era un excelente narrador de historias. Para él las imágenes, las dramatizaciones, las metáforas, los acontecimientos relacionados con la vida cotidiana de sus oyentes resultaban medios eficaces para transmitir las más sublimes verdades. Sus relatos y parábolas se enfocaban en tratar de redefinir la realidad y dar un nuevo sentido a la vida de sus oyentes.

Como maestro, Cristo se especializó en conocer y satisfacer las necesidades personales de quienes acudían a escucharle. Él conocía perfectamente la experiencia cotidiana de sus oyentes, era partícipe de su diario vivir, de sus ocupaciones y frustraciones, de sus luchas y de sus fracasos. Cuando hablaba de Dios lo hacía poniéndose al nivel de su público, con las imágenes que les eran familiares. Sus historias ponían al Creador del universo al alcance de sus criaturas. Las imágenes que usaba en sus relatos emanaban del día a día de sus interlocutores. Dios es como un padre, un rey, un mercader, un agricultor, un amigo, un rico acaudalado y generoso; se parece a la mujer que barre la casa y prepara el pan de su familia, al pastor que cuida de sus ovejas; en fin, ¡Dios se parece a nosotros!

Durante su ministerio Jesús no se caracterizó por ser el exégeta que explicaba correctamente los pasajes de la Torá; no era el académico que disertaba. Él era el Dios encarnado siendo muy cercano a su pueblo.

Las parábolas del Maestro no fueron impartidas para ayudarnos a entender una argumentación teológica, sino como un modo de experimentar la fe. Lucas se encargó de dejar por escrito las parábolas más hermosas que salieron de los labios del Maestro como las que leemos en el capítulo 15 del Evangelio según San Lucas. En este breve estudio nos ocuparemos de las dos primeras parábolas.

Publicanos y pecadores, un dúo condenado por un sistema religioso que no admite apelación. Los publicanos eran considerados tan impuros, que con solo entrar a una casa todo lo que había en ella se consideraba inmundo. Como transgresores de la ordenanza **de Levítico 25: 36-38**, los publicanos no podían formar parte del pueblo del pacto. Igualmente, los pecadores habían traicionado al Dios que redimió a Israel y le dio su ley. Por tanto, ambos grupos, a causa de su impenitencia, se hallaban desterrados de la gracia divina. En muchas ocasiones el pecado de estos marginados consistía en no seguir al pie de la letra las tradiciones impuestas por los doctores de la ley. Es casi seguro que su mayor pecado no haya sido contravenir la voluntad divina, sino no acatar los dictados sectarios de los judíos. Lucas subraya que Jesús no dudaba en *recibir y comer* con pecadores.

Invitar a comer a una persona era un honor que implicaba: **aceptación y paz**. Al comer con los pecadores Jesús demuestra que ellos ocupan un lugar significativo en su obra de salvación. Este rasgo distintivo del ministerio del Señor rompe con los esquemas socio-religiosos de los judíos de la época. Los judíos eran famosos por su aislamiento de todo el que no comulgara con sus concepciones religiosas. El historiador romano Diodoro Sículo escribió que los judíos «no comparten la mesa con otros pueblos». ¿La razón? No querían contaminarse con la inmundicia de los demás.

Analicemos las lecciones que nos da nuestro eterno maestro en las primeras dos parábolas del capítulo 15 del Evangelio según San Lucas.

La Oveja Perdida

1. **El Dios del perdón y la misericordia:** esta parábola puede enseñarnos que Dios es todo misericordia y todo perdón, un Dios dispuesto a desacomodarse para que la extraviada se acomode. En Lucas leemos que el hombre tomó en sus brazos a la oveja y luego la puso en sus hombros para cargarla, simbolizando el amor de Dios por la humanidad entera, no solo por los extraviados porque a fin de cuentas... “todos somos ovejas perdidas”. Aún si nos congregamos fielmente u ostentamos títulos ministeriales, para Dios siempre seremos criaturas que se extravían fácilmente, pero Él perdona y nos ayuda a salir de las fosas que nosotros mismos hemos cavado.
2. **Pastoral Universal:** esta parábola también nos enseña que “los más maduros” en la fe son los que deben salir en búsqueda de los inmaduros. No los pastores de oficio solamente (como algunos convenientemente interpretan), la pastoral es un trabajo de todos. El sacerdocio universal del creyente se ejerce justamente cuando salimos de nuestra esfera eclesial para ir a buscar a los desamparados, los invisibles de la sociedad, a los pobres, a los imposibilitados de acceder a la vida buena. Entonces los que somos más afortunados salimos de nuestra fortuna para compartir con los marginados lo mucho que Dios nos ha dado, y eso incluye no solo un “Dios te bendiga” —que suele ser la forma más fácil y económica de callar nuestra consciencia—, sino también compartir nuestros alimentos, nuestro dinero, nuestros vestidos “con los de afuera”; pues esta parábola no apunta a la comunidad eclesial sino a las otras ovejas.
3. **El Cuidado de las otras 99:** otra lección del texto es que Dios ama tanto a los extraviados como a quienes permanecen junto a Él. Mucho se ha criticado el hecho de que tanto Mateo como Lucas mencionen que las 99 ovejas quedaron desamparadas en la montaña o el desierto mientras que el hombre iba en busca de la perdida. Pero no es así, todo pastor experimentado en esa época contaba con corrales de campo, ya sea en el desierto o la montaña, donde guardaba a sus ovejas justamente para casos como éste (esos corrales eran fabricados con materiales que el lugar les brindara y eran fabricados en el momento justo, no antes ni después) Para que ese pastor hubiese llegado a tener 100 cabezas de ganado ovejuno es porque tomaba los resguardos siempre, era un buen pastor que velaba por sus ingresos financieros. Las ovejas de un pastor eran su sustento. Así que este pastor (aunque sin estudios, según la tradición) no iba a ir en búsqueda de una oveja descuidando a las otras 99.

La Moneda Perdida

(Una dracma, moneda de circulación corriente en Palestina en los tiempos de Jesús, correspondía al salario de un día de trabajo)

La mujer en esta parábola representa el afecto, la voluntad y la iniciativa que debemos tener si queremos verdaderamente hallar nuestros tesoros. Los conocimientos intelectuales que debemos cultivar siempre son de mucha ayuda en nuestra vida, pero necesitamos también la luz admirable de Dios para hallar el tesoro perdido ya que en él está la verdad y el camino. ¿Qué hemos perdido? ¿Hemos perdido la capacidad de amar, perdonar y ser solidarios? ¿Hemos perdido la paz interior? ¿Hemos perdido la comunión con la familia? ¿Hemos perdido la comunión con Dios? ¿Hemos perdido el amor por las ovejas que se han extraviado?

Debemos estar dispuestos a obtener el renacimiento, es decir, nacer de nuevo, y ser una nueva criatura en Cristo Jesús a través de su redención, y es allí donde hallaremos el tesoro perdido. Este tesoro es un corazón limpio, lleno de misericordia, conectado íntimamente con Dios y compartiendo la alegría de experimentar la fe en comunidad.

Observemos el siguiente proceso:

La pobreza de la mujer (reconocer nuestra condición)

La mujer enciende una luz, no necesariamente porque sea de noche, sino porque las casas pobres carecían de ventanas y la escasa luminosidad podría llegar a través de una puerta baja. Ella sabe que necesita su moneda. ¿Qué necesito yo ahora mismo?

La insistencia de la mujer (ser diligentes y buscar el tesoro)

Al igual que sucede con el pastor en la parábola de la oveja perdida, aquí es la mujer la que toma la iniciativa y las acciones para encontrar la moneda: enciende la lámpara, barre la casa, busca con cuidado.

La alegría de la mujer (expresar el gozo de haber encontrado el amor de Dios)

El pasaje del Evangelio de Lucas especifica que la mujer se dispone rápidamente a compartir su alegría.

En resumen

Para cuidar de otros, primero debemos purificarnos nosotros mismos iluminando, barriendo y encontrando nuestro tesoro interior. Tener un corazón limpio es tener conexión directa con Dios. Es sentir a Dios dentro de uno mismo y expresarlo en palabras, gestos y actos-obras que engrandecen al que los realiza tanto como a aquellos que son sus receptores. Dios habla a través de un corazón puro y lleno de amor que nos impulsa a dar frutos a través de la práctica de nuestra fe en una dimensión de desprendimiento para entregar a otros de lo que nosotros tenemos: recursos de todo tipo, tiempo, atención, cuidados, solidaridad, acompañamiento, esperanza, conocimientos, formación y por lo tanto una familia en la que todas las personas se sientan parte. La extraviada y las 99 también.